

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

¡Óiganme, chinos!



Pues, ¿qué se traen?. Está por discernirse cuánta razón le asiste a México y cuánta a la República Popular China. Por el momento, el asunto es el de los modos. Yo no sé cuántas veces mi finadita madre me regañó con mucha aspereza y me impuso unos castigos como de "La Divina Comedia", no tanto, me explicaba ella, por la maldad intrínseca de la perrería que hubiese yo cometido, sino por mis modos, ¡los malditos modos!, añadía mirando al cielo con cara de solicitud urgente de un rayo que me diera en la crisma, los malditos modos que tienes para hacer las cosas. En aquel entonces era yo muy niño ("muy chavaló" dirían en el norte) como para entender toda la densa historia del regaño materno. Según fui averiguando después, México es un país enormemente ritualista y ceremonioso. Es una condición que tiene una doble raíz: por un lado, los aztecas que eran muy delicados y que hasta para sepultarte el puñal de obsidiana con cardiológico apetito, te trataban muy bien y con hartío miramiento. La otra raíz es la española del siglo XVII, es decir, la barroca cuyas ceremonias eran muchas y todas interminables.

Hasta para violar a una indígena, la bautizaban primero, para evitar la traumática experiencia de yacer con el mismísimo Satanás y por eso tanta salmodia y tanta ceremonia. Es la época de nuestros grandes poetas barrocos, desde Quevedo hasta Sor Juana que se construyó un laberinto de palabras donde todavía sigue extraviada (o quizá nosotros somos los extraviados y por eso no damos con ella).

Mi punto es que los mexicanos somos muy tiquis miquis y muy dados al ritual y a las interminables caravanas. Yo recuerdo, por ejemplo, aquellas dilatadísimas historias que comenzaban con una señora que le enviaba a mi madre y a mis tías platicos con una "probadita" de algún guiso o postre que acababa de manufacturar. Mi madre se zampaba la muestrecita y enviaba de regreso el platito con un poco de algún portento gastronómico que acabara de realizar (no eran muchos, mi mamuchis jamás fue la reina de los anafres, pero algunos platillos, muy en particular el bacalao, le salían francamente sabrosos). La señora que recibía esta "fineza" no se amilanaba, se refinaba la muestrecita enviada por la mujer que tuvo la indecible dicha de fabricarme y de inmediato procedía a preparar otro guiso o postre (a que ya ninguna señora sabe lo que es un "ante") y el platito volvía a zarpar rumbo a nuestro domicilio o razón social. Eran historias de años que sólo terminaban con el deceso de alguna de las dos partes involucradas o por rotura del platito que los jueces de inmediato dictaminaban como un empate técnico.

Conté esto, en primer lugar, porque se me dio la gana, pero también porque ilustra de modo muy gráfico una de las tantas ceremo-

nias cotidianas practicada por los aztecas. En efecto, somos ceremoniosos y muy observantes de las leyes de esta compleja vida social.

Los chinos no lo son menos. También tienen en gran aprecio las ceremonias y los rituales. En lo que un mexicano se prepara y despaicha un té, los chinos todavía no terminan la tarea de colocar vasijitas y vasijotas, platitos y platonos para degustar una aromática infusión.

Si así están las cosas, si estamos hablando de dos culturas inmensamente "fijadas", ritualistas y con toda una compleja ciencia que respalda el arte de hacer y recibir visitas; entonces, no entiendo los mulas modos de los chales, ni su decisión de ponernos peladamente en cuarentena y mandarnos a un hotelucho que, según lo describen, equivaldría a alguno de los "rápidos" de Tlalpan. La verdad, da mucho coraje que sean tan "ordinarios". Dicen que ahí viene un avión por ellos. Santa la hora. Por no estar a la altura, que se larguen todos los chalecos.

¿QUÉ TAL DURMIÓ?

MDXLIV (1544)

MONTIEL.

Cualquier correspondencia con esta columna en guerra con China, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

